

Víctimas, miedos y género en el discurso mediático

un análisis en retrospectiva

Año
2018

Autora
Massa, Jimena María

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Massa, J. M. (2018). *Víctimas, miedos y género en el discurso mediático: un análisis en retrospectiva*. 20vo Congreso REDCOM. Primer congreso latinoamericano de comunicación de la UNVM. Comunicaciones, poderes y tecnologías: de territorios locales a territorios globales. Villa María: Universidad Nacional de Villa María



Víctimas, miedos y género en el discurso mediático; un análisis en retrospectiva

Eje temático 8: Comunicación, género y diversidades sexuales

Jimena Maria Massa¹

Las representaciones mediáticas² (Woodward, 2000) constituyen categorías importantes para observar las relaciones de poder y los elementos de dominación y resistencia, esenciales para comprender el problema de la violencia de género³ (Scott, 1990) que, más allá de su larga historia, ocupa un espacio creciente en el debate público local e internacional.

Denuncias en relación a distintas formas de acoso, relatos de abusos sexuales y, en especial, informaciones constantes referidas a femicidios son un tema candente en la agenda mediática argentina. Sin embargo, esa persistente presencia es producto de una construcción compleja y demorada, tanto como las representaciones que hoy circulan en la comunicación de las distintas violencias. En ese sentido, poner en perspectiva las nociones de género, sexualidad y mujeres, entre otras, que vienen construyendo los medios de prensa contribuye a entender la manera en que hoy se aborda el problema. Este trabajo procura identificar algunas de las representaciones que los medios pusieron en circulación durante la cobertura del caso públicamente conocido en 2004 como “el violador serial de Córdoba”, referido a un hombre que a lo largo de varios años abusó de por lo menos 93 mujeres⁴ en esta provincia. Describir las nociones reconstruidas hace

¹ Licenciada en Comunicación Social y doctora en Antropología Social; docente en la Facultad de Ciencias de la Comunicación (FCC), Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Correo electrónico: jimenamassa@gmail.com

² Entendemos las “representaciones” como sistemas simbólicos a través de los cuales los significados de las experiencias son construidos (Woodward, 2000). En ese sentido, los discursos mediáticos aparecen como un conjunto de representaciones que no apenas describen sino que también construyen los fenómenos que relatan (Bourdieu, 1996). Esa noción, a su vez, está en sintonía con otra más amplia - y no reducida a los medios - que es el concepto de discurso de Foucault (1995), entendido como el conjunto de saberes y prácticas “que forman sistemáticamente los objetos de los que hablan”; o sea, discursos que no están describiendo un real pre-dado sino que están implicados con la producción de ese real y de sus sujetos. La noción de representación social, considerada fecunda por varios antropólogos que trabajan con medios de comunicación (Spitulnik, 1993; Rondelli, 1995; Dickey, 1997; Rial, 2007; Almeida, 2007), también permite pensar en los medios como espacio de construcción de imaginarios (Appadurai, 1991).

³ Usamos el concepto de género de Joan Scott (1990), y principalmente su referencia a éste como un campo en que el poder es articulado, pensando las relaciones de género como una de las formas de circulación de poder en la sociedad, y asumiendo que tales relaciones son dinámicas y no resultado de una dominación estática y polarizada.

⁴ Pese a que esa cifra fue confirmada en un momento por la Justicia de Córdoba, existen dudas en relación a la existencia de casos no denunciados, y de otros que sí fueron denunciados, pero cuya autoría no pudo ser confirmada por falta de pruebas.

más de una década - cuando no estábamos inmersos en el ecosistema digital - por parte de dos diarios de gran tirada como La Voz del Interior y Clarín, y revisar tales nociones a la luz de las coberturas actuales, permite advertir algunas transformaciones recientes en el abordaje sobre la violencia contra las mujeres.

El conocido “violador serial de Córdoba” fue un caso paradigmático en materia de crímenes sexuales en la provincia no sólo por la magnitud de los hechos sino, entre otras razones, por la visibilidad que adquirió la denuncia de las víctimas y por el protagonismo inusual que ellas tuvieron en la divulgación y persecución del caso. Todo en un contexto en el que la condena a violencia de género no había irrumpido con la fuerza del actual movimiento Ni Una Menos, y cuando las redes sociales estaban lejos de ser la potente vidriera que favorece y multiplica confesiones y denuncias.

El objetivo de esta retrospectiva es contribuir al entendimiento de cómo se construye la (in)visibilidad de la violencia de género y cuáles son los lugares más o menos legítimos de sus protagonistas. Entre los tópicos que funcionan como lógicas organizadoras y que atraviesan la cobertura, marcando el *ethos* del discurso mediático en torno al caso, destaco la consideración de la violación como un sufrimiento repentino y como quiebra de lo cotidiano, la caracterización de las mujeres como víctimas valientes y la representación del hombre a partir de imágenes animalizadas o patologizadas. Se exponen, además, los significados de la ruptura del silencio por parte de las mujeres.

Este trabajo se inscribe en el área de la antropología de los medios y aborda el discurso periodístico buscando colocar el texto en relación con el contexto. Las ideas que aquí se presentan son resultado de una etnografía de los textos publicados por “La Voz del Interior” y “Clarín” en el período comprendido entre setiembre y diciembre de 2004. En términos disciplinares, se trata de presentar los trazos esenciales de una etnografía de textos periodísticos, atendiendo a los posibles y necesarios puentes entre la antropología y los estudios de comunicación.

Un e-mail que quebró el silencio

“Identificado y acorralado, el violador serial se pegó un tiro”, decía el título de tapa del diario “La Voz del Interior” del 29 de diciembre de 2004. Gran parte de los medios de comunicación del país publicó ese día la misma noticia⁵. Fue el anuncio de que la “cacería” del hombre que había violado a 93 mujeres había terminado. Después de largos días huyendo de la persecución policial, Marcelo Sajen, identificado como “el violador

⁵ Los diarios La Voz del Interior, La Mañana de Córdoba, La Nación y Clarín destacan esa noticia en la tapa.

serial", se disparó en la cabeza, en la vía pública y a pocos metros de los agentes que estaban a punto de detenerlo.

El epílogo estuvo precedido por meses de pánico social, que se hizo evidente en las marchas organizadas por las propias jóvenes que sufrieron abusos, en las cuales reclamaban eficiencia por parte del gobierno para la urgente detención del violador. El estado de alarma social también se trasladó a las mesas de café, aulas universitarias y programas de televisión. Incluso el gobierno, presionado por la demanda ciudadana, llegó a ofrecer una recompensa en dinero a quien aportase datos que permitieran capturar a Sajen. Ese clima, desde luego, fue alimentado y reconstruido en una enorme cobertura mediática, que durante cuatro meses mantuvo el caso en los primeros lugares de la agenda pública.

Con diferentes grados de espectacularización, banalización o estandarización (Bourdieu, 1997), los medios de comunicación difundieron todo tipo de hipótesis y opiniones sobre las supuestas características del hombre más buscado y sobre su *modus operandi*; también, profusos relatos sobre las vidas, circunstancias y sentimientos de las mujeres que sufrieron abusos, más los avances, retrocesos y especulaciones en torno de la investigación policial y judicial, con los respectivos efectos políticos colaterales.

Sin embargo, el rasgo más interesante del caso, al menos en lo que se refiere a la perspectiva de género que aquí adoptamos para el análisis, no fue el tamaño ni la espectacularidad de la cobertura periodística sino el inusual protagonismo público que algunas de las jóvenes abusadas eligieron tener durante el proceso de persecución de Sajen. Protagonismo iniciado por una chica de 20 años que adoptó el nombre ficticio de Ana y que decidió divulgar vía correo electrónico todos los detalles de la violación que sufrió en la noche del 28 de agosto de 2004.

Ana había sido atacada mientras caminaba al encuentro de sus amigas: fue sorprendida por la espalda, amenazada de ser "cortada entera", obligada a caminar hasta un edificio abandonado y luego violada en la oscuridad. El correo electrónico fue enviado a una lista de amigxs, pero se multiplicó rápidamente y llegó inclusive a varios medios de comunicación, siendo publicado en la edición del 6 de octubre de Clarín y del 7 de octubre de La Voz del Interior . El texto es muy extenso, pero los siguientes párrafos ilustran la elocuencia del relato:

Fue lo más denigrante, espantoso y humillante que me tocó vivir en mis 20 años de vida. La verdad es que después de eso pensé que

(él) me iba a matar... me dijo que no lo denunciara porque la única que iba a pasar vergüenza era yo, porque a él no lo iban a agarrar.

No anden solas, no se descuiden, no se confíen... El tipo está en Nueva Córdoba, está suelto, actúa indiscretamente y lo va a seguir haciendo. Sabe exactamente lo que hace, cómo hablarte, qué decirte y cómo convencerte. No tiene límites porque el organismo que se supone que se los ponga (la policía), no lo hace. No se olviden que no fui la primera ni lamentablemente la última (...)

Además del rechazo automático que cualquier noticia de violación despierta, había algo en esa denuncia íntima y personal que provocó un impacto singular: una potente combinación de susto colectivo, solidaridad espontánea e indignación popular. Las palabras de Ana, oriunda de Salta, generaron un estado de alarma general. Por un lado, no era común que una mujer divulgara un drama de esas características y, menos aún, con ese nivel de detalle. Cabe recordar que en el momento de los hechos no estaban dadas las condiciones actuales de decibilidad para denunciar la violencia de género y mucho menos estaba garantizada la credibilidad para las mujeres que denunciaban. Por otro lado, Ana afirmaba que el violador era el mismo que ya había cometido varios crímenes en la zona, y levantaba la sospecha de que podía tratarse de un policía o de alguien con protección policial.

Ese relato, publicado por los medios de comunicación de casi todo el país, después fue completado y confirmado con las narrativas de otras jóvenes, víctimas del mismo abusador y que también decidieron *hablar*. Pero fue aquel relato original, escrito en primera persona, que provocó la formación casi espontánea de una red solidaria - primero de tipo virtual y después de carácter presencial - que más tarde se convirtió en un activo movimiento social. Ese grupo de víctimas, amigxs y allegadxs, que inicialmente tuvo como objetivo reclamar en las calles por la prisión de Sajen, con el transcurso del tiempo adquirió el *status* de una organización civil⁶ que consiguió presionar al gobierno provincial para la adopción de medidas inéditas y que trabajó en la prevención de la violencia sexual y en la atención de sus víctimas.

En ese sentido, el caso instaló un modo particular de relación entre las jóvenes y los medios, pues fueron ellas mismas, o algunas de ellas, las que impusieron sus propias

⁶ "Podemos hacer algo - Centro de Asistencia, Orientación y Prevención de Delitos contra la Integridad Sexual".

reglas como fuentes de información y modificaron, de alguna manera, el modo hegemónico de producción periodística. O al menos, el modo habitual para los casos de violencia sexual, cercados por el ocultamiento y el silencio. En esta ocasión, las jóvenes no sólo generaron su propio circuito de comunicación, a través de cadenas permanentes de correos electrónicos, sino que escogieron un modo de proveer de información a los medios y de hacer oír su voz.

La enorme repercusión mediática que tuvieron las violaciones cometidas en Córdoba y el protagonismo público que tuvieron algunas de las jóvenes que fueron abusadas contrasta con la “conspiración de silencio”⁷ que envuelve todo crimen sexual y que, en general, impide a los gobiernos u organizaciones obtener datos cuantitativos y cualitativos que revelen con precisión la magnitud de este problema.

“Que no nos trague el silencio, que nadie calle nuestros miedos, que nadie nos haga creer que no se puede”. Las palabras de Ana forman parte del discurso que pronunció durante una de las movilizaciones callejeras organizadas por las propias mujeres que sufrieron abusos, en las que le reclamaban al gobierno por la urgente detención del agresor.

Víctimas “genuinas”

Según Bourdieu (1997), lo que potencia a la noticia es su acomodamiento o sintonía con lo que se entiende por opinión pública. O sea, el acomodamiento a una serie de elementos supuestamente ya presentes en los receptores, los que en verdad son considerados como consumidores y, como tales, no pueden ser perdidos. Así, podemos pensar que la magnitud de la cobertura sobre “el violador serial” se explica no sólo por la espectacularidad del número de crímenes cometidos, sino también por la probable correspondencia entre ciertas características del caso y determinadas representaciones sobre la violencia de género, supuestamente compartidas por los lectores.

Aún cuando existen avances, también evidenciados en cambios de lenguaje, la sociedad todavía entiende la violencia sexual a partir de una serie de estereotipos y mitos que sustentan y justifican determinadas prácticas sociales (Figueiredo, 2006). Algunos de esos estereotipos tratan sobre la “idoneidad moral” (Coulouris, 2004) de quien puede ser considerada víctima de una violación. Y en este caso, es posible que los criterios sociales de diferenciación - contruidos con significados de género, clase y raza - que determinan los requisitos de “la” víctima se correspondan, en sus trazos generales al menos, con el perfil que los medios construyeron de las jóvenes abusadas.

⁷ Saffioti, Heleieth I. B. y Almeida, Suely Souza (1995). “Violência de Gênero: Poder e Impotência”. Rio de Janeiro: Revinter.

El hecho de que Ana fuera joven, estudiante universitaria, de clase media y residente en un barrio bien referenciado de la ciudad (Nueva Córdoba) constituye un elemento que tal vez, involuntariamente, la convirtió en una “víctima genuina” (Figueiredo, 2000), incluyendo varios de los atributos esperados en la víctima de la violencia sexual; entre ellos, la fragilidad y la vulnerabilidad, que son, de forma genérica, dispositivos discriminatorios que atentan contra el derecho de igualdad en relación al hombre. A su vez, en este caso el no consentimiento de las jóvenes – un “requisito” indispensable para ser creíbles - quedó explícito en los respectivos relatos personales, y su condición de “víctimas” no admitió dudas. Además, por tratarse de un agresor desconocido, sin vínculo previo con las mujeres, la “idoneidad moral” (Coulouris, 2004) de ellas parece no haber estado en juego. De hecho, la asociación entre la conducta social (relaciones sexuales previas) y el patrón de honestidad afortunadamente no formó parte del discurso periodístico. Y, considerando que la superioridad moral de las mujeres les es negada *a priori* precisamente por su condición de mujeres (Melhus, 1990), la ausencia de este tipo de referencias es un dato relevante.

Pensar otros lugares posibles para las mujeres que sufrieron violencia sexual es un emprendimiento paralelo a los cuestionamientos planteados por los estudios feministas en torno de la noción de “víctima”; noción considerada insuficiente para dar cuenta de las diversas estrategias desplegadas por las mujeres que resisten, superan y resignifican la experiencia vivida. En ese sentido, consideramos que la noción de victimización es un instrumento para la sensibilización del Estado y la sociedad, al tiempo que es preciso discutirla o enriquecerla para poder abarcar todas aquellas estrategias que contradicen la idea de sumisión y quietud⁸.

En el debate sobre la violencia sexual, algunas teóricas feministas como Catharine MacKinnon (1982) establecieron una asociación directa entre la sexualidad y la situación de opresión de las mujeres. Según esa autora, “la objetificación sexual es el proceso primario de sujeción”, y el control de la sexualidad es “el método por excelencia de control cotidiano de las mentes y cuerpos de las mujeres en las culturas patriarcales”. Desde ese punto de vista, la violación integraría, junto con otras formas de violencia sexual, las estructuradas relaciones de dominación y subordinación existentes entre hombres y mujeres, en las que estas últimas permanecen inevitablemente en una condición de desvalorización y subalternidad.

Sin embargo, tanto la inevitabilidad de esa dominación como la mera victimización

⁸ Filomena Gregori (1993) mostró, para el caso de la violencia conyugal, que el lugar de “víctima” no es suficiente para explicar los comportamientos y sentimientos de las mujeres que participan en relaciones de agresión.

merecen ser revisadas. En este caso, poniendo de relieve la “agencia” (Sherry Ortner, 1997, 2006) de las jóvenes que sufrieron violaciones, mostrando su capacidad para sobreponerse a limitaciones de carácter social o institucional, de protagonizar momentos de desorden y resistencia, de introducir deslices en los procesos de reproducción social y de actuar sobre el mundo.

Claro que aquí consideramos que la violencia sexual ejercida contra las mujeres de Córdoba constituye una de las formas de violencia de género, en el sentido de que son manifestaciones que refuerzan desigualdades históricas y socialmente construidas en las relaciones sociales entre los sexos. Pero, al mismo tiempo, consideramos necesario complejizar ese enfoque y pensar nuevas categorías capaces de dar cuenta de los diferentes lugares y papeles que estas mujeres vienen asumiendo.

En un sentido similar, Flávia de Mattos Motta (2006), al cuestionar la idea de “muerte” (psíquica o emocional) presente en las representaciones sobre la violación, considera que tratar el daño causado como irreversible puede significar “transformar a la víctima en eterna rehén de su verdugo”. Aún reconociendo la eficacia política de esa idea al momento de reclamar por la condena de los agresores, la autora propone revisar la noción de “muerte” y contemplar también las representaciones que enfatizan la sobrevivencia, la recuperación y los procesos de “resiliencia”⁹ de las mujeres, con el afán de “dejar una puerta abierta, una salida, una posibilidad” para las llamadas víctimas.

La concepción de la mujer violada como una mujer mutilada, emocionalmente alterada, sin o con pocas posibilidades de recuperación, cae nuevamente en la noción de la victimización, tan criticada en los estudios feministas. Y, peor que eso, es una nueva forma de violencia y una falacia que debe ser repensada. (Motta, 2006, p. 101)

La reivindicación de la “valentía”

Interesada en los múltiples y complejos procesos de la subjetivación, Ortner (1997, 2006) propone que la “agencia” sea definida “como el entendimiento de que el sujeto está dotado de una autoridad social”; una autoridad que, como ya se dijo, torna a las mujeres capaces de sobreponerse a limitaciones y de protagonizar momentos de desorden y resistencia. En ese sentido, la narrativa de Ana ofrece varios elementos para pensar en

⁹ Noción tomada de la física, referente a la capacidad de los materiales de resistir impactos sin romperse o quebrarse, y utilizada por psicólogos para referirse a la capacidad humana de enfrentar situaciones traumáticas, superándolas o incluso fortaleciéndose. Ver más en Motta (2006).

las formas posibles de protagonismo y resistencia frente a las delicadas circunstancias de la violencia sexual:

(...) Lamentablemente la única forma que hay de agarrarlo al tipo es con las manos en la masa (...) por eso tenemos que estar preparadas y mentalizadas (...) con mis amigas estuvimos pensando en alguna forma de identificar que a alguien le está pasando algo, y es llevando un silbato en la mano, porque a lo mejor el grito no te sale, pero soplar sí (...) La idea es llamar la atención de las personas que estén por ahí. No te expongas a que te pase, porque en media hora un enfermo hijo de puta te puede dar vuelta la vida (...) No te quedes con este mail, no te olvides que le puede pasar a alguna amiga, a tu prima, a tu hermana, a tu novia, a tu hija, A VOS, pasalo a todos tus contactos.

La acción promovida en esa convocatoria permitió que las representaciones construidas por los medios de comunicación no hicieran foco exclusivamente en el lugar de la víctima "sufridora" (Melhus, 1990), constitutivo del ideal hegemónico de feminidad, sino que también destacaran, tematizando incluso la información en torno de este eje, su perfil de "mujer valiente" (Fonseca, 2004).

Luego de que Clarín publicara un mensaje de mail de la estudiante en el que relataba la pesadilla de su violación y daba consejos de cómo defenderse ante una agresión, su casilla de mensajes de correo electrónico quedó saturada al recibir 248 mails.

(Clarín, 7 de octubre de 2004)

Ana es fuerte. Pequeña de talla - apenas un metro sesenta de un cuerpo armonioso y frágil - pero firme en sus convicciones.

La voz, sin tonada definida (es de Salta), se le vuelve de hierro cuando dice que no piensa bajar los brazos.

(Clarín, 18 de octubre de 2004)

Definir a Ana como una "mujer valiente" significa poner de relieve su "agencia", caracterizada por la invención de recursos y estrategias diversas para enfrentar una

situación dolorosa y compleja. Más importante aún es el hecho de que esas estrategias - por ejemplo, su decisión de dar a conocer públicamente su experiencia - implicaron una relativa transgresión de los códigos, pues la conducta esperada en un caso semejante es precisamente la opuesta: el silencio y el ocultamiento, justificados por la vergüenza y el miedo que el abuso sexual provoca. Así, la actitud de Ana de haber desafiado las convenciones de “víctima” - lo que implica, en última instancia, haber desafiado ciertos atributos de género - fue socialmente valorizada a partir de que los medios destacaron precisamente su coraje, atributo históricamente asociado a lo masculino.

“La valentía de Ana”

De repente, el terror. Una mano que viene de la nada. Que aprieta y hace doler. Las palabras rápidas, nerviosas, del extraño que avanza, obligando a avanzar con él. Que acelera el paso. A veces para doblar en la esquina. A veces para ir en zigzag hacia la angustia. El miedo que paraliza. Que no deja pensar. La garganta seca. Las manos transpiradas. Hasta que ocurre. Fatalmente. Muchas chicas violadas buscan consuelo hundiéndose en el silencio, rogando para que el olvido llegue pronto. Ana eligió hacer ruido, involucrarse, no olvidar para que no vuelva a ocurrirle a nadie más. Su valentía mete presión a las autoridades, indica el camino, exige. La valentía de Ana merece el consuelo de la justicia.

(Héctor Gambini; Clarín, 18 de octubre de 2004)

La activista feminista Sharon Marcus (2002) señala que “la gramática de la violencia de género reza que los hombres son sujetos de violencia y operadores de sus herramientas, en tanto que las mujeres son objetos de violencia y sujetos del miedo”. Sin embargo, creemos que en el caso de las jóvenes que fueron violadas en Córdoba esa gramática es discutible. Consideramos que se trata de mujeres no-sujetas al miedo y capaces no sólo de operar sus herramientas sino también de producir cambios concretos.

La condena del “degenerado”

Por ser la violencia un fenómeno relacional en el que están en juego personas que ocupan lugares cristalizados de agresor y víctima, también se hace necesario analizar las formas en que fue representada la figura del agresor. Pues si la definición previa de quien se reconoce (y es reconocido) como víctima de la violencia es una cuestión de orden

político y expresa la fuerza de determinados grupos sociales para hacerse oír como tales, también el reconocimiento del agresor hace parte de ese mismo orden.

En relación a la victimización de la mujer presente en las teorías feministas, Elisabeth Badinter (2005) señala que toda militancia se enfrenta con una dificultad: considerar la diversidad de la realidad. Y argumenta que, en nombre de la asimetría estadística, se esencializa la violencia como atributo de la masculinidad.

La construcción mediática de la imagen de Sajen apeló a un conjunto de rasgos de sentido negativo que fueron conformando una representación homogénea y lineal, fundamentalmente sustentada en la autoría de los propios crímenes sexuales. No sorprende entonces encontrar en el discurso periodístico un repertorio de expresiones como “degenerado”, “psicópata”, “temible delincuente”, “crimen perverso” o “acto repugnante”, más otras ligadas a la moralidad y a lo socialmente inaceptable. El lenguaje psicológico / psiquiátrico proveyó su menú de expresiones para describir a quien era considerado “un peligro” para la sociedad y, en especial, para las mujeres (Figueiredo, 2002).

Ficha de un acusado

Nombre: Marcelo Mario Sajen

Edad: 39 años

Hijos: 8 (6 con una mujer y 2 con otra)

Seudónimo: "El Turco"

Oficio: Vendía autos robados

Antecedentes: En 1985 fue condenado por una violación y en 1999 estuvo preso por robo calificado y tenencia de armas

(Clarín, 31 de diciembre de 2004)

Más allá del análisis específico de las representaciones sobre “el violador”, cabe señalar el riesgo que entraña el proceso de naturalización y generalización de ciertas representaciones, en el sentido de que éstas pueden promover una configuración de género que identifica la masculinidad como un lugar absoluto, consubstanciado con el poder, el control o la violencia, sin posibilidad de reconocer, en el sujeto hombre, la vulnerabilidad presente en todo ser humano.

En ese sentido, coincidimos con aquellas autoras¹⁰ que sostienen que sólo

¹⁰ Entre otras, Miriam Grossi desarrolla esa idea en los trabajos “Identidade de Gênero e Sexualidade” y “Gênero, Violência e Sofrimento”, ambos publicados en la Revista Antropologia em Primeira Mão (1998).

desnaturalizando el concepto de violencia y retirándolo del polo de lo masculino, y sólo relativizando la noción de victimización, podremos tener instrumentos más eficaces de lucha política.

Durante el tiempo en que duró la persecución de Sajen, las descripciones de ese hombre sin rostro presente en las conversaciones de todos los cordobeses se basaban en declaraciones de las mujeres que sufrieron las violaciones-algunas de ellas aportaron algunos detalles certeros y otras informaciones imprecisas de los funcionarios policiales y judiciales que no podían identificar al violador, y en las propias investigaciones de los periodistas, que seguían hipótesis muy inciertas. Algunas de las presunciones publicadas eran las siguientes:

(...) el depravado mide entre 1,65 y 1,75 metro, tiene marcados rasgos norteños, el cabello negro y corto, es robusto, tiene las manos suaves aunque fuertes, se afeita los genitales, tiene un marcado acento cordobés y utiliza un vocabulario grosero (podría impostar la voz), viste ropa sport o deportiva, elige los lugares antes de atacar a sus víctimas. (La Voz del Interior, 23 de octubre de 2004)

La publicación de reportajes de varias páginas de extensión - la mayoría de ellas, en las ediciones dominicales - y repletas de especulaciones sobre el perfil del violador permite deducir que el lector modelo (Eco, 1986) previsto por los periódicos siente atracción por el mundo del crimen o de sus respectivos protagonistas, o tiene fascinación por la intriga y el suspenso que este tipo de casos provoca.

Para tratar de satisfacer la avidez de este tipo de información, La Voz del Interior publicó una sucesión de materiales de página doble titulados "El violador serial al desnudo", "parte I", "parte II" y "parte III". La primera de estas materias comienza así: "¿Dónde vive? ¿Con quién vive? ¿A qué se dedica? ¿Cuáles son sus inclinaciones sexuales? ¿Cómo es? ¿Es culto o no? ¿Tiene dinero o no? ¿Es policía?" El segundo informe especial agregaba: "Lo que no dice el identikit / Para la sexóloga Silvia Aguirre, el depravado tiene una personalidad dependiente. Detalles de un caso nunca denunciado".

Consideraciones finales

La publicación de la historia de Ana y la posterior movilización de ese nuevo actor social que conformaron a las víctimas como comunidad dejaron al gobierno provincial en la obligación de dar respuestas políticas, destinadas a satisfacer el urgente reclamo de

"Justicia" y llevar tranquilidad a los ciudadanos. Sin pretender agotar aquí todos los factores de contexto que contribuyeron al desarrollo del caso, basta con decir que la divulgación del e-mail de Ana originó una cadena de sucesivas acciones que, tanto en el plano subjetivo como en el colectivo, permitieron la conformación de un grupo que, aunque en el primer momento parecía sólo destinarse a organizar manifestaciones públicas ya reclamar por la persecución del violador, con el paso del tiempo adquirió un protagonismo decisivo para la concreción de los cambios.

Como ocurre en muchos grupos de víctimas, lo que parecía individual o personal en la experiencia del grupo ganó inteligibilidad y, resignificando sus vivencias en este nuevo contexto, las mujeres inventaron estrategias de resistencia y empoderamiento. Estrategias que abarcan cambios en el nivel individual, como la decisión de romper el silencio para hablar de lo considerado íntimo / privado, la incorporación de medidas de auto-protección para defenderse de un eventual ataque - el aprendizaje de técnicas de defensa personal, el uso de y la voluntad de movilizarse para reivindicar públicamente, y también a nivel colectivo, donde se registra la formación de un nuevo sujeto político - la organización no gubernamental "Podemos hacer algo" - y el surgimiento de un clima de solidaridad y participación social que forjó acciones de conjunto, incluso más allá de esa nueva organización civil.

Para comprender la trascendencia del "caso del violador serial" es necesario considerar cómo un grupo de jóvenes que, hasta entonces, llevaba una vida anónima, surgió en la esfera pública a partir de la irrupción de la violencia en su vida cotidiana. El abuso sexual, en este caso, puede ser entendido como un evento que provocó un sufrimiento repentino e inexplicable, que implicó un "quiebre de lo cotidiano" (Das, 1995) y que, por eso mismo, permitió la conformación de una nueva comunidad que, al confrontarse con el Estado, se constituyó en un actor político.

Este proceso de transformación de las subjetividades, más allá de las implicaciones personales para cada una de las mujeres involucradas, también puede ser leído, en el plano de las reivindicaciones ciudadanas, como un punto de referencia en cuanto al diseño de políticas públicas (prevención y represión de la violencia sexual y atención de sus víctimas). Y en el plano de los estudios de género, como un ejemplo de lo que sucede cuando un grupo de mujeres que sufrió la violencia decide, en ejercicio de su capacidad de "agencia", convertir el dolor en lucha.

En cuanto a la producción discursiva, el caso puede ser considerado un punto de ruptura

en el mediascape¹¹ (Appadurai, 1994), en la medida en que instauró un modo particular de relación entre las llamadas víctimas y los medios, ya que fueron ellas (o algunas de ellas las que recurrieron a la prensa para conseguir la atención gubernamental en relación a la persecución del violador, cambiando así el modo habitual de producción periodística. O, al menos, el modo habitual para casos de violencia sexual, en general, están rodeados por el ocultamiento que deriva de la vergüenza y del miedo. En este caso, las mujeres generaron su propio circuito de información, a través de cadenas permanentes de e-mails, y una manera específica de funcionar como "fuentes", consiguiendo hacer oír su voz.

Los medios de comunicación, por su parte, al tiempo que reprodujeron estereotipos de género, y tal vez precisamente por eso mismo, destacaron y legitimaron la "valentía" de esas mujeres, contribuyendo a darle visibilidad no sólo a su drama sino también a las acciones del nuevo movimiento social. En esa operación, pueden haber contribuido tanto a la trivialización y naturalización discursiva de la violencia de género como a la construcción de representaciones más diversas sobre la mujer, algunas incluso orientadas a superar la idea de pasividad y sumisión.

En vez de aparecer como la habitual "intrusa" que violaba la intimidad de las víctimas, los medios se constituyeron en una especie de "aliada" en la tarea de llamar la atención del gobierno y de la sociedad en general en relación a la existencia del violador. Así, el discurso periodístico pareció identificarse con la voz de las mujeres abusadas - sea otorgando visibilidad a su drama mediante la maximización del lugar de "víctima", o, en otros momentos, reivindicando y publicando su lucha - al mismo tiempo en que podía legitimarse a sí mismo y ganar autoridad ante la sociedad.

Referencias bibliográficas

APPADURAI, A. (1994). Disjunção e diferença na economia cultural global. En M. Featherstone (Ed.), *Cultura Global: nacionalismo, globalização e modernidade*. Petrópolis: Vozes.

BOURDIEU, P. (1997). *Sobre a Televisão*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.

COULOURIS, D. (2004). A construção da verdade nos casos de estupro. *Anais do XVII Encontro Regional de História ANPUH/SP, UNICAMP*. Campinas: Brasil.

DAS, V. (1995). *Critical Events: An Anthropological Perspective on Contemporary India*. New Delhi: Oxford University Press.

¹¹ Entende-se *mediascape* como imaginários globais, paisagens subjetivas ou repertórios comuns. Ver mais em Arjun APPADURAI, 1994.

- DICKEY, S. (1997). La antropología y sus contribuciones al estudio de los medios de comunicación. *Revista Internacional de Ciências Sociais*, UNESCO 153, pp. 1-23. Recuperado de <http://www.unesco.org/issj/rics153/dickeyspa.html>.
- FIGUEIREDO, D. (2002). Vítimas e vilãs, 'monstros' e 'desesperados': como o discurso judicial representa os participantes de um crime de estupro. *Linguagem em (Dis)curso*, 3(1), 135-155.
- FONSECA, C. (2004). *Família, fofoca e honra: etnografia de relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre: Editora da UFRGS.
- FOUCAULT, M. (1995). *Arqueologia do saber*. Rio de Janeiro: Forense Universitária.
- GREGORI, M. F. (1993). *Cenas e queixas: um estudo sobre mulheres, relações violentas e prática feminista*. Rio de Janeiro/ São Paulo: Paz e Terra/ ANPOCS.
- GROSSI, M. (1998). Identidade de Gênero e Sexualidade. *Antropologia em Primeira Mão*, Florianópolis, pp. 1-18.
- GROSSI, M. (1998). Gênero, Violência e Sofrimento. *Antropologia em Primeira Mão*, Florianópolis, pp. 1-22.
- MARCUS, S. (2002). Cuerpos en lucha, palabras en lucha: una teoría y una política para la prevención de la violación. *Debate Feminista*, 26(13). Metis Productos Culturales. México.
- MELHUS, M. (1990). Una vergüenza para el honor, una vergüenza para el sufrimiento. En *Simbólica de la feminilidad*. Quito.
- MOTTA, F. (2006). A morte na janela: a idéia de morte em representações contemporâneas de estupro. En: L. Minella y S. Bornéo Funck (Ed). *Saberes e fazeres de gênero: entre o local e o global*. Florianópolis: Ed. da UFSC.
- ORTNER, S. (1997). *Making Gender: The Politics and Erotics of Culture*. Boston: Beacon Press.
- ORTNER, S. (2007). Poder e Projetos: reflexões sobre a agência. En: M. P. Grossi, C. Eckert y P. Fry (Ed.). *Conferências e Diálogos: saberes e práticas antropológicas* (pp. 45-80). Blumenau: Nova Letra.
- RIAL, C. (2007). Guerra de Imagens e Imagens da guerra: estupro e sacrifício na guerra do Iraque. *Revista Estudos Feministas*, 15, 14-49.
- RIFIOTIS, T. (1997). Nos campos da violência: diferença e positividade. *Antropologia em Primeira Mão*, 19, 1-19.
- RONDELLI, E. (1994/95). Mídia, representações sociais da violência, da criminalidade e ações políticas. *Comunicação & Política*, 1, 97-110.
- SAFFIOTI, H. I. B. e ALMEIDA, S. S. (1995). *Violência de Gênero: Poder e Impotência*.

Rio de Janeiro, Revinter.

SCOTT, J. (1990). Gênero, uma categoria útil de análise histórica. *Mulher e realidade: Mulher e educação*. Porto Alegre, Vozes, 16(2).

SPITULNIK, D. (1993). Anthropology and mass media. *Annual Review of Anthropology*, 22, 293-315.

WOODWARD, K. (2000). Identidade e diferença: uma introdução teórica e conceitual. En T. T. Silva (Ed.) *Identidade e diferença – a perspectiva dos Estudos Culturais*. Petrópolis: Vozes.